

Viernes Santo

- **Is 52, 13-53, 12.** Él fue traspasado por nuestras rebeliones.
- **Sal 30. R.** Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu.
- **Heb 4, 14-16; 5, 7-9.** Aprendió a obedecer; y se convirtió, para todos los que lo obedecen, en autor de salvación.
- **Jn 18, 1-19, 42.** Pasión de nuestro Señor Jesucristo.

1. ¿Qué dice la Palabra?

El Viernes Santo ponemos la mirada en la Cruz gloriosa de Cristo. En ella el Señor ha sido elevado, ensalzado, glorificado. La gloria del Hijo es haber cumplido la misión encomendada por el Padre.

Hoy la Iglesia no celebra la misa, sino que adora la Cruz, de la que por ella nace la eucaristía, y la vida nueva que nos salva del pecado de la muerte. No se adora a la cruz como una simple madera, es para los cristianos el árbol de la vida, que nos redime y renueva.

La lectura de este día nos introduce en el largo camino de Jesús a la cruz, el camino a la aceptación de su “hora”. San Juan muestra sus dolores, sus padecimientos, sus preocupaciones. Él experimenta la soledad, la angustia y hasta la sed. En este camino particular de Jesús a la cruz, nos acerca a nuestra propia realidad de dolor y sufrimiento, de caída y elevación, de cansancio y de sed.

Contemplamos la cruz en un silencio que lleva en sí mismo el peso del dolor del hombre rechazado, oprimido y aplastado, el peso del pecado que envenena el alma. Es el silencio del viernes que espera el clamor del domingo, es el día del fracaso que espera la victoria, es el día de la muerte que espera la vida, es el día de la noche que espera ver la gran Luz.

2. ¿Qué nos dice Dios en la Palabra?

La imagen de Jesús en la cruz es la máxima expresión del amor de Dios a sus hijos, un amor que es capaz de darlo todo, incluso a su tesoro más preciado, el hijo único de Dios. La cruz es la gran pedagoga del amor, que no es otra cosa que entrega y donación hasta el límite. También es la entrega del hijo al Padre, “en tus manos encomiendo mi espíritu”, porque todo estaba cumplido. Junto a la Cruz de Jesús estaba su Madre María, que desde ese momento es Madre nuestra, en aquellas palabras que le dijo al discípulo amado: «ahí tienes a tu Madre».

Esta es la última invitación de Jesús, a ser como el discípulo a quien Jesús amaba, que lo acompañó hasta el último momento, y preparó un lugar en su casa para recibir a María, madre de Jesús y madre nuestra.

3. ¿Qué le decimos a Dios?

Ante ti, oh cruz, aprendo lo que el mundo me esconde: que la vida, sin sacrificio, no tiene valor y que la sabiduría, sin tu ciencia, es incompleta.

Eres, oh cruz, un libro en el que siempre se encuentra una sólida respuesta.

Eres fortaleza que invita a seguir adelante a sacar pecho ante situaciones inciertas y a ofrecer, el hombro y el rostro, por una humanidad mendiga y necesitada de amor.

Ahí te vemos, oh Cristo, abierto en tu costado y derramando, hasta el último instante, sangre de tu sangre hasta la última gota para que nunca a este mundo que vivimos nos falte una transfusión de tu gracia un hálito de tu ternura de tu presencia una palabra que nos incite a levantar nuestra cabeza hacia lo alto.

En ti, oh cruz, contemplamos la humildad en extremo la obediencia y el silencio confiado la fortaleza y la paciencia del Siervo doliente la comprensión de Aquel que es incomprendido el perdón de Aquel que es ajusticiado.

En ti, oh cruz, el misterio es iluminado aunque, en ti, Jesús siga siendo un misterio.